



»Lo importante no es el número de acciones que hacemos, sino la intensidad del amor que ponemos en cada acción»

El C. Van Thuan nos relata su vida: Me llamo Francisco Nguyen Van Thuan y soy vietnamita. En Tanzania y en Nigeria los jóvenes me llaman 'Uncle Francis'; es más fácil llamarme Tío Francisco o, simplemente, Francisco

Hasta el 23 de abril de 1975 fui, por ocho años, obispo de Nhatrang, en el centro de Vietnam, la primera diócesis que me fue confiada, donde me sentía feliz, y para la cual conservo siempre mi predilección. El 23 de abril de 1975 Pablo VI me promovió a arzobispo coadjutor de Saigón.

Cuando los comunistas llegaron a Saigón, me dijeron que mi nombramiento era fruto de un complot entre el Vaticano y los imperialistas para organizar la lucha contra el régimen comunista. Tres meses después fui llamado al palacio presidencial para ser arrestado: era el día de la Asunción de la Santísima Virgen, 15 de agosto de 1975... Esa noche, en el trayecto de una carretera de 450 km, que me llevó al lugar de mi residencia obligatoria, me venían a la mente muchos pensamientos confusos: tristeza, abandono, cansancio, después de tres meses de tensiones... Pero en mi mente surgió claramente

una palabra que dispersó toda la oscuridad, la palabra que Mons. John Walsh, obispo misionero en China, pronunció cuando fue liberado después de doce años de cautiverio: «He pasado la mitad de mi vida esperando». Es verdaderísimo: todos los prisioneros, incluido yo mismo, esperan cada minuto su liberación. Pero después decidí: «Yo no esperaré. Voy a vivir el momento presente, colmándolo de amor».

No es una inspiración improvisada, sino una convicción que he madurado durante toda la vida. Si paso mi tiempo esperando, quizá las cosas que espero nunca llegarán. La única cosa que con seguridad me llegará será la muerte.

En el pueblo de Cay Vong, donde se designó mi residencia obligatoria, bajo vigilancia abierta y oculta de la policía «confundida» entre el pueblo, día y noche me sentía obsesionado por el pensamiento: «¡Pueblo mío! ¡Pueblo mío que tanto te amo: rebaño sin pastor! ¿Cómo puedo entrar en contacto con mi pueblo, en este momento en que tienen más necesidad de pastor?». Las librerías católicas fueron confiscadas, las escuelas cerradas; las religiosas y los religiosos que enseñaban fueron enviados a trabajar en los arrozales. La separación es un shock que me destruye el corazón.

«Yo no esperaré. Voy a vivir el momento presente, colmándolo de amor; pero ¿cómo?».

Una noche vino la luz: «Francisco, es muy simple, haz como san Pablo cuando estuvo en prisión: escribía cartas a varias comunidades». La mañana siguiente, en octubre de 1975, hice una señal a un niño de siete años, Quang, que regresaba de la Misa a las 5, todavía oscuro: «Dile a tu mamá que me compre bloque viejos de calendarios». Muy entrada la tarde, también en la oscuridad, Quang me trajo los calendarios, y todas las noches de octubre y noviembre de 1975 escribí a mi pueblo mi mensaje desde la cautividad. Cada mañana el niño venía a recoger las hojas para llevarlas a casa y hacer que sus hermanos y hermanas copiaran el mensaje. Así se escribió el libro «El Camino de la Esperanza», que ha sido publicado en ocho idiomas: vietnamita, inglés, francés, italiano, alemán, español, coreano y chino.

La gracia de Dios me dio la energía para trabajar y continuar, aun en los momentos de más desesperanza. El libro lo escribí de noche en mes y medio, tenía miedo de no poder terminarlo: temía ser transferido a otro lugar. Cuando llegué al número 1001 decidí detenerme: fueron como «las mil y una noches»...

En 1980, en la residencia obligatoria de Giang-xá, en el Vietnam del Norte, siempre de noche y en secreto, escribí mi segundo libro, «El camino de la esperanza a la luz de la Palabra de Dios y del Concilio

Vaticano II»; después mi tercer libro, «Los peregrinos del camino de la esperanza»: «Yo no esperaré. Vivo el momento presente, colmándolo de amor».

Los Apóstoles habrían querido elegir el camino fácil: «Señor, deja ir a la multitud para que se aprovisionen de alimento...». Pero Jesús quiere actuar en el momento presente: «Denle ustedes de comer» (Lc 9, 13). En la Cruz, cuando el ladrón le dijo: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino». Jesús le dijo: «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 42-43). En la palabra «hoy» sentimos todo el perdón, todo el amor de Jesús.

El padre Maximiliano Kolve vivía este radicalismo cuando repetía a sus novicios: «Todo, absolutamente, sin condición». Escuché a Dom Helder Cámara decir: La vida es para aprender a amar». Una vez la Madre Teresa de Calcuta me escribió: «Lo importante no es el número de acciones que hacemos, sino la intensidad del amor que ponemos en cada acción».

¿Cómo llegar a esta intensidad de amor en el momento presente? Pienso que debo vivir cada día, cada minuto, como el último de mi vida. Dejar todo lo que es accesorio, concentrarme sólo en lo esencial. Cada palabra, cada gesto, cada fonema, cada decisión es la cosa más bella de mi vida, reservo para todos mi amor, mi sonrisa; tengo miedo de perder un segundo viviendo sin sentido...

Escribí en el libro » El camino de la esperanza»: «Para ti el momento más bello es el momento presente (cfr. Mt 6, 34; St 4, 13-15). Vívelo en la plenitud del amor de Dios. Tu vida será maravillosamente bella si es como un cristal formado por millones de esos momentos. ¿Ves cómo es fácil?» (El camino de la esperanza, 997).

Tomado del libro «Cinco panes y dos peces. Un gozoso testimonio de fe desde el sufrimiento en la cárcel» con permiso del autor.

El C. Van Thuan fue liberado el 21 de noviembre de 1988. Fue es Presidente del Pontificio Consejo de Justicia y Paz. Por petición del Papa, en la cuaresma del 2000 predicó los ejercicios espirituales a la Curia Romana en presencia de S.S. Juan Pablo II. Recientemente se ha reunido con El Padre. Su testimonio es semilla de nuevos cristianos. Prisionero de guerra durante 13 años, hoy nos brinda un testimonio de gozo y amor.

Solinet, en solidaridad.net/